

José Manuel Llopis Ortiz

Cádiz, 1988

Tercer Accésit

Se aficionó a la lectura en el instituto, donde ganó sus primeros certámenes literarios. Más tarde, su interés se centró en el cine y en los últimos años sólo ha escrito artículos en internet sobre el séptimo arte. ¡*Siguiente!* es su vuelta al mundo del relato corto, a partir de una idea basada en diferentes vivencias personales. Actualmente estudia Veterinaria en la Universidad de Córdoba.

¡SIGUIENTE!

## I

-Lo siento señora, ya le he dicho que no puedo solucionarle esto si no viene su hijo directamente a secretaria.

-Pero... pero, él no puede venir todavía, chiquita. Cuando hablamos por teléfono se lo comenté, sigue en casa con la pierna escayolada. Yo puedo hablar en su nombre y así él no pierde la oportunidad de matricularse.

-Mire señora, -suspiró. Hizo una pausa para controlar que su voz no sonara tan impertinente como sus pensamientos- su hijo tiene derecho a matricularse ya que está en la lista de admitidos tras presentar la preinscripción. Como ya sabe, porque está en internet, porque está en el tablón de ahí fuera, porque ya se lo dije por teléfono... tiene hasta el veinticuatro de septiembre para venir y formalizar la matrícula...

-Sí, pero él no pue...

-Déjeme terminar. En casos excepcionales como... no sé. Presentando un justificante médico, un informe policial, ehm... o algo así, está contemplado que se aumente la fecha hasta el cinco de octubre.

-Sí, pero él se lesionó hace...

-¡Si en esa fecha tampoco fuera posible! -levantó la voz para interrumpir a su interlocutora. Existe la opción, como ya le dije por teléfono, de presentar el formulario número cuatro, que está a disposición de los futuros estudiantes para casos como el de su hijo. ¡Y, como ya le dije por teléfono! Puede descargarse desde nuestra web -se esforzaba en sonar lo más claro posible, debido a la sensación de que aquella anciana no podía (o no quería) enterarse de nada.

-Ya lo sé chiquita. Pero ya que estoy aquí, no creo que sea tan difícil si lo dejamos ya arreglado.

Conforme la escuchaba se sentía más exasperada. ¿Por qué esa señora sonaba tan deprimente? Seguro que se esforzaba en dar pena para salirse con la suya.

-Usted está aquí porque ha querido. Si me hubiera hecho caso se habría ahorrado el viaje. Como ya le dije por teléfono, desde este año lo hacemos de esta manera para evitar problemas. Porque ya han venido muchos estudiantes a quejarse de que “yo escogí tal asignatura, o yo no me matriculé en tal otra”, y esto pasa por un fallo de la persona que viene a representarles.

-Sí, pero él ya me ha explicado lo que...

-Si usted sigue este procedimiento le aseguro que su hijo no tendrá ningún problema en matricularse. Así que usted se vuelve, habla con su hijo, éste cumplimenta el formulario, que se lo puedo dar ahora en persona, y usted vuelve mañana mismo si quiere. Y todo arreglado. O... si su hijo se encuentra bien para el cinco de octubre, que venga en persona y mucho mejor.

-Pero entiéndame usted a mí también. Seguro que podemos... -la voz de la anciana se iba apagando en su cabeza.

Había optado por dejar de escucharla. ¿Cuántas veces tendría que repetirle lo mismo? ¿Acaso había un cartelito que pusiera “psicóloga” en la puerta? No tenía porque aguantar a todos los que venían a contarle sus miserias solo porque no se habían informado o no hacían caso a lo que les

decía. Además el trabajo se le acumulaba. A principio de curso, el vestíbulo de la secretaría es un hervidero de gente. Durante los últimos días había estado lidiando con centenares de estudiantes que entregaban su cuaderno de prácticas externas, que querían cambiarse del grupo A al B o que no estaban satisfechos con la reducción de cuota por familia numerosa. Y la situación era especialmente caótica esa semana, ya que la máquina que expendía informáticamente los números de orden de entrada, se había averiado y era necesario dar el turno a gritos. En mitad de todo aquello, la señora seguía con su perorata.

Su cabeza comenzaba a resentirse por la tensión. Sacó una aspirina del cajón del escritorio. La tragó gracias al agua con sabor a plástico que tenía sobre la mesa, a la vez que miraba con envidia a sus compañeras de secretaría. ¿Por qué le habría tenido que tocar a ella aquella pesada? Instintivamente miraba el reloj de la pantalla de su ordenador, maldiciendo la hora y media que faltaba para la pausa del desayuno. Cuando notó que aquella abuela había terminado de parlotear, se dispuso a responder con unas palabras que ya tenía programadas:

-Lo comprendo señora, y lo siento. Pero ya le he dicho lo que tiene que hacer. Así que por favor déjeme que atienda al siguiente en la cola porque hay mucha gente esperando.- Se volvió hacia el pasillo y gritó: ¡siguiente!

-Vale... vale. Muchas gracias. Y lo siento.

-De nada. No se preocupe -acompañó su falsa cortesía con una sonrisa forzada. Volvió a vocear hacia el pasillo para apremiar a la señora.

## II

Pero desde la sala contigua no apareció ningún estudiante, en su lugar, el coordinador de las oficinas de la Facultad de Veterinaria se acercó a su mesa.

–Mira Verónica aquí te dejo los datos de la chica esa... a la que hay que borrar de todo el sistema y eso.

–Mmm, creo que eso lo comentaste con Lucía– señaló a su compañera, que en ese momento estaba librando su particular batalla por teléfono.

–Sí, pero ahora ella no puede encargarse y me han dicho que esto ya tenía que estar hecho desde hace tiempo y me están metiendo prisa. ¿Sabes lo que tienes que hacer no?

–Claro– respondió automáticamente. Realmente solo sabía de aquel tema por alguna tertulia con las demás secretarías, pero estar un rato matando el tiempo con algo de papeleo era mejor que seguir atendiendo al gentío que se agolpaba fuera.

–Pues aquí tienes su nombre, su número de matrícula y todas las operaciones que tienes que hacer. Si tienes cualquier duda me llamas al despacho o me buscas por aquí que estaré dando vueltas.

“Por fin un poco de tranquilidad”, reflexionó. Tras suspirar largamente y ajustarse las gafas empezó a teclear un nombre. Inmediatamente accedió a los datos académicos de aquella estudiante. La foto de una joven rubia, de ojos oscuros y sonrisa inocente apareció en la pantalla.

Ya recordaba. Había leído en el periódico universitario en la cafetería, unos días atrás, acerca del trágico suceso que ocurrió el julio anterior. No le había hecho mucho caso al artículo, solo ojeó el titular, un par de párrafos y poco más. “No me interesan estas noticias morbosas” había pensado. Sin duda tenía que tratarse de aquella muchacha. No pudo imaginar entonces, mientras apuraba su expreso, que tendría un papel tan directo en el caso de la joven a la que iban dedicadas esas palabras.

Quizás no había sido tan buena idea aceptar en seguida el encargo, ahora se sentía incómoda con lo que tenía que hacer. “Bueno, no creo que me entretenga demasiado con esto” –meditó.– “Archivaré su expediente, lo borraré del sistema de la secretaría y de la plataforma online y listo”.

“Veamos: Violeta Ligeró Casado. 21 años. Cádiz. N.I.P. 86329. Licenciatura en Veterinaria. Sin especialidad...” Este año iba a cursar el cuarto curso. Comprobó que había arreglado su matrícula el junio pasado. Se había esforzado en aprobar todas sus asignaturas pendientes durante el curso oficial, para no tener el mismo septiembre estresante que los estudiantes del otro lado del pasillo. No pudo evitar entristecerse imaginando las ilusiones que habría puesto en un verano merecidamente tranquilo: Bajar a la playa, disfrutar las refrescantes noches junto a la costa, dormir hasta el mediodía... Puede que hasta hubiera organizado un viaje con sus amigas. O quizás, unas vacaciones familiares, recuperando el tiempo que los estudios le robaban alejada de casa.

Se convenció a sí misma que lo mejor era alejar este tipo de cavilaciones. Seleccionó la pestaña “Asignaturas: Año actual”, siguiendo las instrucciones anotadas en el papel que le dio su supervisor. Era necesario eliminar su nombre de todas esas materias para evitar que se la incluyera en grupos de prácticas, que apareciera en las actas de exámenes o que se la pasara lista en clase.

Pensó en lo traumático que podría ser para sus compañeros, tras recibir la fatídica noticia durante las vacaciones, volver a las aulas donde se hicieron amigos. Escuchar su nombre como si nunca se hubiera ido, como si en cualquier momento fuera a entrar por la puerta llegando con 5 minutos de retraso o esperar a oír su despreocupada voz diciendo “aquí”.

“Céntrate, céntrate”, se decía. Se dirigió al apartado “Gestión de matrícula”. Asignaturas como “Enfermedades Infecciosas”, “Anatomía Patológica Especial”, “Patología Médica” iban desapareciendo de la pantalla bajo la acción del ratón. Se sorprendió a sí misma pensando en cuantos alumnos han desesperado enfrentándose a ellas y sintiendo que Violeta no tuviera la oportunidad de superar aquel reto...

Poco a poco su dolor de cabeza fue bajando hacia el pecho, donde sentía como si un globo se fuera hinchando lentamente.

### III

Tras pretender dejar la mente en blanco, pasó al siguiente punto de las instrucciones. Era necesario ocuparse de los cursos de libre elección. Según decía el papel “...para no obstaculizar la matriculación de otros alumnos”. También había explicaciones específicas sobre los títulos que Violeta hubiera conseguido con anterioridad: “Informar al Rectorado de la situación para que se pongan en contacto con la familia y éstos decidan qué hacer con los diplomas que allí se guardan”.

Le llamo la atención que la lista empezara con “*Expresión Pictórica y Literaria en la creación Fílmica*”. No estaba muy relacionada con una carrera de ciencias. Probablemente sería una manera entretenida de conseguir unos cuantos créditos. Luego se recordó a ella misma, de joven. Ir al cine era uno de sus pasarratos favoritos. Puede que compartiera aquella afición con Violeta. Seguramente no sería capaz de analizar películas tan bien como ella, pero ¿quién sabe? ¿Cuántas cosas tendría en común con aquella chica sonriente?

Con una curiosidad que no se habría atrevido a admitir, fue rotando la rueda del ratón intentando descubrir más, haciendo conjeturas, buscando excusas para conocerla. Cuanto más avanzaba en aquella cuadrícula informática, aumentaba su asombro ante la gran variedad de contenidos a los que dedicó Violeta sus tres años en la Universidad: Se le antojó una muchacha generosa y comprometida al ver el curso “*Crisis alimentaria y ayudas al tercer mundo*”; supo que era una joven deportista y saludable al leer “*III Jornadas sobre actividad física y salud*”; la imaginó con ese gesto ingenuo disfrutando del coloquio “*Importancia de la Risa en la medicina*”. Estaba claro, todo aquello no era solo una manera de rellenar el expediente. Incluso se había desplazado a otras ciudades para asistir a eventos que le interesaran, como demostraba el curso de “*Manejo y Mantenimiento de Mamíferos Marinos*” en el Oceanográfico de Valencia. Además, durante todo un año había asistido a clases de inglés, posiblemente tuviera la intención de irse algún año a continuar sus estudios en el extranjero. Su corazonada inicial, acerca del gusto de esa chica por viajar, iba volviéndose más sólida. Inexplicablemente se sentía orgullosa de...

Apartó las manos del teclado como si le quemara y se cubrió el rostro. “¿Qué estás haciendo? Vamos, cálmate. Todas tus compañeras están trabajando. ¿Qué van a pensar si te ven así?” Era

innecesario que le afectara tanto. Había leído ese nombre por primera vez hacía treinta minutos. Otro de los miles de nombres que tenía que barajar por su trabajo. Otra desafortunada crónica en la prensa.

Aun así, se le heló la sangre al ponerse en el lugar de su familia y amigos. Era una angustia que esperaba no tener nunca que afrontar. Preferiría mil veces lidiar con alumnos impertinentes o perder el tiempo con mujeres que no hacían caso de sus indicaciones.

Era extraño que quisiera hacer algo más por ella, o por sus allegados. Pero ¿qué derecho u obligación tenía? ¿Qué la relacionaba con ella? Solo eran dos personas muy distintas que habían entrado remotamente en contacto por culpa de una serie de circunstancias: Si el encargo hubiera llegado la jornada siguiente, su día libre; o si el coordinador de la secretaría hubiera llegado una hora y media más tarde; durante su descanso, o si su compañera no hubiera estado tan liada... quién sabe.

Al menos le aliviaba no haber leído detenidamente el periódico aquel día. Conocer más detalles le habría hecho sin duda ese reto demasiado cuesta arriba.

Lo que sí recordaba, o al menos le sonaba, era que un grupo de alumnos pretendía dedicarle un último adiós a su amiga. Sí, algo de eso había oído... o lo había leído en el artículo. Al parecer iban a organizar una misa en la capilla del campus y a plantar un árbol en su honor en el jardín frente a la facultad. Un postrero gesto de despedida. Una redención insuficiente por aquellas palabras sin decir, al no saber que no tendrían oportunidad.

Por su pesasora cabeza se cruzó una idea: quizás debería asistir también. Ir a presentar sus respetos. Muchos otros empleados de la Facultad de Veterinaria seguramente irían y, puesto que ella era la mano desconocida encargada de cortar todos sus vínculos académicos con la Universidad, también debería estar presente en el homenaje oficial que le iba a brindar dicha institución...

“Déjate de gilipolleces”. ¿Quién era ella para compartir el dolor de quienes de verdad la conocieron? Sintió vergüenza al imaginarse a varios estudiantes sentados en la primera banca de la capilla consolándose unos a otros. Y a la familia al otro lado, oyendo una plegaria apenas reconfortante...

En aquella situación su presencia sería considerada un acto morboso. ¿Qué podría decir una vez allí? “Era una buena chica, sacó cuatro sobresalientes en sus tres años de estudiante”, o “le acompaño en el sentimiento señora, es una lástima que su hija no pueda volver a hacer prácticas en el Zoo de Jerez”...

Sus reflexiones fueron interrumpidas al sentir un contacto húmedo en el dorso de la mano. Había estado tan ensimismada que no notó que sus mejillas estaban mojadas.

De manera natural se agachó a la altura del escritorio con mucho disimulo, como si fuera a recoger un bolígrafo que se le hubiera caído. Aprovechó para secarse con la falda, respirar profundamente un par de veces y serenarse de manera fugaz. Se reincorporó con calma, mientras comprobaba aliviada que ninguna compañera había advertido su estado. El bochorno de creer que alguna de las demás secretarias la podía haber visto así la hizo sosegar.

Era el momento de terminar. Todo lo indicado en las instrucciones estaba hecho. De nuevo miró la hora de su ordenador: todavía quedaban cuarenta y cinco minutos para el descanso

Volvió a la página inicial del expediente de Violeta. Miró por última vez su foto. Sus ojos se le antojaron serenos y sus sonrisa agradecida.

Extrañamente se sintió mucho más calmada.

Pulsó en el botón “*Guardar cambios y finalizar*” mientras se sorprendía de lo fácil que es hacer desaparecer a alguien que no ha tenido la oportunidad de llegar a ser nadie.

Ahora tenía que continuar. Debía deshacerse del nudo en la garganta. Se alisó el pelo, se recolocó las gafas y apuró la botella de agua. Cerró los ojos un instante y respiró hondo. Cuando se sintió mejor, volvió la cabeza al pasillo y llamó: ¡siguiente!